

## Querido Profesor

Querido Profesor:

Tenía solo 19 años la primera vez que te vi. Recuerdo que ese día llovía y que llegué a clase con los pies y los vaqueros empapados. Me senté al lado de mi amiga Laura, como cada día de lo que llevábamos de curso. Al día siguiente tenía un examen de otra asignatura, así que no te presté ningún tipo de atención. Eras otro profesor más, otro señor aburrido con un traje aburrido diciendo cosas sin ningún tipo de relevancia para mí.

“Olivia, ¿qué habría que hacer en este caso?”- Al levantar la mirada vi tu expresión vacilar; sabías que no podrías contestar porque ni siquiera sabías lo que habías preguntado. Sabías que me ibas a echar de clase. Y te dio igual. Me sentí avergonzada y probablemente en ese momento hasta te odié un poco. Laura se giró y me ofreció su gesto cómplice de siempre, asegurándome con los ojos que no pasaba nada. Ella siempre dijo que eras un buen tipo.

La siguiente vez que te vi, tenía claro que no iba a volver a pasar otro momento bochornoso. Cuando me volviste a preguntar como los dos sabíamos que ibas a hacer, contesté correctamente, y tú: “bueno, esa era fácil” no me sentó especialmente bien. Nunca me gustó que me trataran como tonta, y tú, por muy joven que fueras, no tenías derecho a tomarte esas confianzas.

Laura, como cada día, salió de clase hablando sobre lo joven que eras, y lo guapo, y lo mucho que querría que no estuvieses casado. Me limitaba a asentir. Yo no era nadie para romperle una ilusión de algo que ni era ni sería. Se daría cuenta ella solita.

De camino a casa me pidió que la acompañara a una exposición de arte que solo iba a estar dos semanas. Era súper exclusiva, y había conseguido entradas. Y había pensado en mí. “Para algo estudiamos bellas artes”. Laura siguió argumentando durante un par de minutos, diciendo que quizás incluso podríamos enseñar algo de lo que habíamos pintado. Nunca entendí por qué se esforzaba tanto en querer pasar tiempo conmigo. No me caracterizaba

especialmente por mi amabilidad y mi buen carácter. Ni siquiera era simpática. Y las dos lo sabíamos.

En la galería de arte donde se realizaba la exposición, Laura se giró hacia mí con una expresión un tanto incómoda, y fue en ese momento cuando miré hacia la dirección de la que venía su mirada y te vi. Noté un calor que me va subiendo desde los pies. Rabia. Estaba llena de rabia porque Laura me había engañado para ir ahí a verte, para ver la exposición de su maldito amor platónico. Y además, después de ver cómo me trataste el otro día. Por su fuera poco viniste hacia nosotras sonriendo, dejando la vergüenza en casa como acostumbrabas a hacer. - “Pensaba que no ibas a venir”.- Mi mueca dejó clara la incomodidad que me producía la situación. Es en ese momento cuando Laura me susurra al oído: “Dale una oportunidad”. Noté como la palidez iba recorriendo mi cara. No quería quedarme ahí contigo.

Me contaste que Laura te dijo que tenía mucho talento para pintar, y que te gustaría ver alguno de mis trabajos. Cierto es que ella siempre me estaba diciendo que tenía que hacer algo con mis pinturas, moverme. Pero esa no era la manera de hacerlo. Todo eso era una decisión que debía recaer en mí y no en ella ni en nadie más. Te dije que no sabía y que ya que estaba ahí quería aprovechar y ver la exposición. De una manera que consideré bastante elegante, te alejaste y me pude acercar a ver los cuadros. Notaba tu mirada clavada en la nuca, y cómo la apartabas cuando me giraba a intentar devolvértela.

Los cuadros que había en aquella sala eran increíbles, y los habías pintado tú. Hubo uno que particularmente me gustó mucho. En tonos azulados, la silueta de dos amantes. Saqué el móvil y le hice una foto para poder verla más tranquila en mi casa.

Mi intención de marcharme a la francesa acabó cuando me agarraste el antebrazo y me pediste por última vez que te los enseñara. Una hora después apareciste en la cafetería en la que habíamos acordado reunirnos, con el cuadro que me había gustado debajo del brazo. -“ Como agradecimiento por sucumbir las ansias de arte de un profesor pesado”-

Para mi sorpresa, la conversación fue fluida, de hecho, mucho.

Es cierto que eras más joven de lo que yo pensaba, y no me imaginaba que tuvieras pecas; acostumbrada a verte de lejos no me había percatado.

Mis cuadros parecieron gustarte pero no logré entender por qué tanto interés.

Desde ese mismo momento algo se activó en mi cabeza, y a partir de ahí no pude volver a mirarte de la misma manera.

Me empezó a gustar mirarte mientras dabas la clase, igual que me gustaba ver cómo la espuma del café te manchaba el bigote cuando íbamos a una cafetería.

Nunca me había sentido así. Quizás era la adrenalina que recorría mi cuerpo cada vez que pensaba que lo que hacíamos no era correcto. Puede ser que la diferencia de edad, aunque no tanta, siguiera siendo mucha.

Pero no me cansaba de recordar la primera vez que te besé, y como me susurraste “Desde el primer día que me removiste todo, supe que iba a acabar loco por ti.”-Aún me seguía poniendo la piel de gallina. Era una sensación muy extraña que surgió muy rápido.

Igual de extraño que lo que pasó con Laura. Pese a que nunca le llegué a contar lo que pasaba entre nosotros, ella lo sabía. Y le dio igual. Y a ti también. El día que fui a verte a tu despacho y al abrir la puerta os vi, una onda expansiva me recorrió de arriba abajo, destrozando sin piedad aquel órgano que tanto parecías llenar.

Cuando mi mirada borrosa coincidió con la tuya, los dos nos quedamos callados, asimilando.

Habías sido muy ruin, y en aquel momento la duda de si había sido un error se convirtió en una afirmación clara y dolorosa. Pegajosa, porque se me extendió por todo el cuerpo y no pude quitármela. Y muy poco sofisticado para lo que tu acostumbrabas.

Me pareció correcto responder a tus súplicas de perdón permitiéndote explicarte. Pero cuando lo escuché salir de tu boca, aquella sensación de adrenalina que tanto me había recorrido durante meses volvió. Pero de una

manera distinta. Y me di cuenta cuando ya estabas en el suelo, sangrando. Y yo soltando aquel cenicero que propició la escritura de esta carta. En el momento me quedé quieta, esperando a que te levantas. Pero no lo hiciste. Y solo podía mirar aquel lienzo que fue blanco y que ahora gotas rojas habían teñido. Siempre me dijiste que era una artista y que llegaría lejos, que te encantaría que participara en tu exposición. Y eso hice. Conseguí que aquel lienzo, que fue solo una mera recreación del cuadro que tanto me gustaba acabara en tu exposición. Tú participaste en esa pintura tanto como yo. Quizás nunca te llame musa, pero ese cuadro estaba hecho de ti. Me gustaba mirarlo y pensar que los tonos rojizos que usé, representaban la pasión y tus promesas vacías.

Por Laura no hay que preocuparse. Le dejé una carta en tu nombre contándote que te ibas a otro país a seguir tu instinto. Y le pareció bien. Como cada cosa que hacías o decías. Con el resto de tus contactos hice lo mismo y la verdad, a nadie pareció importarte demasiado.

Respecto a ti, no fue muy agradable el proceso, así que prefiero no dar muchos detalles, Prefiero recordarte como el profesor elegante de traje aburrido que llenó mi vida de caos. O el caos de vida.

El motivo de esta carta se debe a mi abuela. Siempre hablaba de que si alguien había fallecido y te habías quedado con ganas de decirle algo, debías escribirle una carta y luego quemarla. Y me pareció necesario explicártelo todo. Aunque ya no me veas. Aunque ya no me escuches. Mientras agarro el cenicero que albergará las cenizas de mis últimas palabras hacía ti, y que fue testigo de las tuyas, me he dado cuenta de que te echo de menos. Buen viaje profesor.